

FIEBRE CURATIVA Y FIEBRE DESTRUCTIVA

Para la medicina que se guía por el termómetro no hay “dos fiebres”. Sin embargo, aunque el calor animal es un fenómeno único, su distribución en el cuerpo puede ser uniforme o desequilibrada. En el primer caso tenemos salud y en el segundo enfermedad, vale decir, desarreglo funcional del organismo. Insistamos un poco sobre el tema de la fiebre dada su gran importancia.

Según mi Doctrina Térmica existen tres clases de fiebre: la externa, que puede verificarse con el termómetro aplicado bajo el brazo; la interna, que domina el interior del vientre y está unida a la falta de calor normal en la piel y las extremidades, descubriéndose por el pulso y el iris de los ojos; por último, fiebre local, que afecta de manera específica a una zona u órgano del cuerpo y se manifiesta por latidos, punzadas, cansancio localizado o escozores.

La fiebre externa revela actividad de las defensas del organismo mientras que la interna acusa incapacidad defensiva. Por su parte, la fiebre local, que constituye irritación, inflamación y congestión por accidentes o por presencia de materias morbosas, también es perjudicial, porque altera y dificulta la libre circulación de la sangre.

La fiebre externa caracteriza a las crisis agudas y es curativa porque purifica la sangre a través de los poros de la piel. La fiebre interna caracteriza a los procedimientos crónicos y es destructiva porque altera la composición y la circulación de la sangre. Esta fiebre no sólo altera la nutrición y la eliminación intestinal, sino también los mismos procesos en los pulmones y la piel.

Se comprende, pues, la necesidad de sacar la fiebre interna a la superficie del cuerpo produciendo fiebre artificial sobre la piel, a fin de normalizar la circulación de la sangre y favorecer su purificación por exhalación cutánea o por transpiración.

ENFERMO, DESARREGLO FUNCIONAL Y ENFERMEDAD

La salud, que es normalidad funcional del organismo, sólo es posible con sangre pura y circulación normal de la misma en todo el organismo.

Si colocamos la mano contra el sol, vemos en ella una masa rojiza, pues todos sus tejidos están impregnados de sangre, sin distinción de piel, nervios, músculos, venas, ligamentos y huesos. Esto mismo ocurre en todo el cuerpo, de donde todos sus tejidos y órganos, desde la piel hasta la médula de los huesos están invadidos por la sangre, y se produce la muerte de los tejidos en donde se paraliza la circulación sanguínea, es decir, donde se presenta gangrena.

Según esto, la sangre es la vida del cuerpo y de aquí el nombre de fluido vital con el que se le designa. La sangre es producto de la nutrición general y de la digestión en particular. Se elabora en el aparato digestivo, circula por arterias y venas bombeadas por el corazón y se purifica a través de los pulmones, de la piel y de los riñones. También es filtrada por el hígado y el bazo, siendo notable la acción de este último órgano que denuncia, por el iris del ojo izquierdo, la alteración que sufre su

contextura y la impureza que causa en él la presencia de venenos inyectados en la sangre como medicinas milagrosas.

Salvo la herencia malsana, la sangre pierde su pureza por respirar aire impuro, por desarreglos digestivos y por sofocar la piel con abrigos inadecuados que debilitan su trabajo de tercer pulmón y tercer riñón.

La sangre impura se carga de materias extrañas, pierde su fluidez y se torna espesa y viscosa. Esta alteración entorpece su circulación de tal modo que escasea en la piel, en las extremidades y en el cerebro. Esto provoca un debilitamiento general de la vitalidad del cuerpo. el sistema nervioso, que es como el dueño de casa de todo el cuerpo, depende de la calidad del fluido vital y por esa vía determina el estado general de salud del individuo. La sangre intoxicada conduce a la parálisis por adormecimiento de la energía nerviosa.

Todo enfermo es, en grado variable, víctima del debilitamiento de su vitalidad por impureza y mala circulación de la sangre. Para hacer desaparecer cualquier dolencia es preciso purificar la sangre mediante buenas digestiones y activa eliminación cutánea, lo cual, como hemos visto, se logra gestionando la piel y refrescando las entrañas.

La sangre pura es alcalina, fluida de color rojo encendido y se manifiesta en una piel limpia, fresca y sonrosada, sin coloraciones desiguales, manchas ni venitas.

Se puede apreciar el estado de la sangre de una persona en la garganta. Cuando el velo del paladar, la campanilla y las glándulas presentan un color rojizo más o menos pronunciado o aparecen inflamaciones de los tejidos, podemos afirmar que la composición de la sangre está maleada. La sangre maleada o impura es ácida, de color más oscuro y viscosa. Los ácidos que dominan en su composición son causa de irritaciones, inflamaciones y congestiones. Esta sangre se estanca, no circula correctamente y deposita sus impurezas en todo el organismo, especialmente en los puntos menos defendidos.

Así explicamos el origen y desarrollo de todos los síntomas de trastornos de la salud. La sangre mala produce desnutrición e intoxicación general del organismo, por pobreza de elementos adecuados a la vida de la célula y abundancia de sustancias tóxicas, lo que constituye el estado de enfermo. Por otra parte, las reacciones defensivas de los tejidos u órganos afectados por las materias morbosas, dan lugar a congestiones e inflamaciones que caracterizan la llamada enfermedad local.